

CAPÍTULO XXXIV

Efectos de la buena Comunión.

1. Objeto de este capítulo.—2. La buena Comunión restablece en su pureza primitiva el orden de la creación.

DESPUÉS de haber declarado las *disposiciones necesarias y convenientes* que el cristiano ha de llevar para recibir digna y fructuosamente la Sagrada Eucaristía y no poner obstáculos á la acción misteriosa, sobrenatural y divina del Dios escondido que viene á hospedarse y morar de asiento en nuestros corazones, exige el orden que consideremos los magníficos y sublimes *efectos* que una buena Comunión produce. Mas como dichos efectos son tantos y tales que no caben en humana inteligencia y faltan palabras para debidamente expresarlos, habremos de concretarnos sólo á indicar los más principales, ya en cuanto infunden en el hombre toda suerte de bienes, ya en cuanto le apartan y preservan de todos los males (1).

2. Primeramente, es muy digno de reparo que una Comunión bien hecha surte efectos generales *en la creación entera*, restableciéndola en su primitiva pureza y elevándola hasta el Dios de la creación. No es hipérbole esta afirmación, porque si el designio de Dios al crear el universo fué que narrara su gloria, ó, lo que es lo mismo, que todas las criaturas entonaran un himno perpetuo de alabanza y reconocimiento á su bondad y majestad soberanas, esto se realiza cumplidamente en la comunión de un alma buena. A los ojos del mundo dirán que no hace nada, pero á los ojos de la fe lo hace todo.

Con efecto: el mundo es á la manera de un templo grandioso

(1) Así lo recomienda el Catecismo del Santo Concilio de Trento, parte II, capítulo IV, n. 4.

que Dios ha edificado para su servicio. El hombre es el pontífice de ese templo, porque si todas las criaturas contribuyen á su vida, desarrollo y conservación, es como diciendo: «Nosotras te servimos á ti por orden de Dios; tú vas á servir á Dios por ti y por nosotras. Nuestro oficio es prestarte homenaje continuo, pero es con el fin de que tú rindas continuo homenaje al Señor, en nombre nuestro y en el tuyo.»

De este modo el hombre en el estado de inocencia atraía á sí mismo la creación entera; es decir, todo estaba á su servicio, todo contribuía á su desarrollo y perfección, y en este concepto todo se hallaba unido y como absorbido en su propio ser. Pero como además dicho hombre inocente se ofrecía á sí mismo á Dios, no se puede dudar que en esto elevaba hasta el Supremo Hacedor toda la creación, ó, lo que es lo mismo, subía perpetuamente á la divina Majestad un homenaje general de sumisión, de reconocimiento y de amor. ¡Magnífico encadenamiento! Todo venía de Dios, y todo se encaminaba á Dios, narrando su bondad y su gloria. La vida, producto del amor divino, descendía de Dios á sus criaturas, y éstas, compendiadas y como refundidas en el hombre, se elevaban á Dios, mediante el mismo hombre, único ser terreno capaz de conocerle y amarle.

Ahora bien; el fin y la armonía de la creación fueron destruidos por el pecado del hombre; mas ¡bendito sea el Señor! el Verbo divino descendió á la tierra para restablecerlos, y mediante la Encarnación se unió á la humanidad, la purificó, la divinizó, permitiéndola unirse á su misma divinidad. Con esto quedó ya restaurada la humanidad en general; mas la bondad divina pasó más adelante, y valiéndose de la Eucaristía, restauró también á cada uno de los individuos en particular. ¿De qué manera? Dándose en alimento al hombre en el manjar eucarístico. Es decir, que para que la restauración del universo fuese más completa, el Verbo divino hizo una como segunda encarnación, bajo las apariencias de pan y vino, dándose en alimento al hombre y quedando así restablecida en toda su plenitud la armonía primitiva de homenaje y de reconocimiento al Dios de la creación.

Mas dejando aparte este efecto general del convite eucarístico, discurremos algo sobre los efectos particulares que la Comunión sagrada obra en los fieles cristianos, ora colmándolos de bienes, ora preservándoles de males, y al efecto declaremos dos cosas:

1.^a Que la buena Comunión une al hombre con Dios.

2.^a Que le colma de grandeza, paz y felicidad.

§ I

DE CÓMO LA BUENA COMUNIÓN UNE AL HOMBRE CON DIOS

3 Significado de la palabra *Comunión*.—**4**. Por la *Comunión* el hombre se transforma en Cristo.—**5** Modo de esta transformación.—**6**. En qué sentido el hombre es como Dios.—**7**. Doctrina de Santo Tomás.

3. El primero de todos los bienes que produce la sagrada *Comunión* en quien dignamente la recibe es la *unión íntima con Cristo nuestro Señor*, según aquellas palabras del mismo Cristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él*. (Joannis, VI.)

Comunión quiere decir *unión común*, ó sea unión de todos los hombres con Cristo en la sagrada Eucaristía: *Estoy en mi Padre—dijo Jesús á sus Apóstoles—y vosotros en mí, y yo en vosotros*. (Joann., X, 21.) Como si dijera: «Estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina, y estoy en vosotros por la *Comunión sagrada*, así como vosotros estáis en mí en virtud de la misma *Comunión*.»

«Por la Eucaristía—dijo el P. Raulica—el cristiano se une á Jesucristo de la manera más íntima y mas perfecta, por la unión que resulta de la manducación; de modo que, después de la unión hipostática de la persona del Verbo con su humanidad sacrosanta no hay unión más íntima ni más perfecta que la de Jesucristo con el cristiano que comulga (1).»

4. Una cosa ha de notarse aquí, y es que la transformación eucarística procedente de la *Comunión* se verifica en sentido inverso que en el alimento natural. Cuando se unen dos substancias, la inferior se transforma en la superior; y siguiendo esta ley general, Jesús sacramentado, siendo substancia superior, al unirse á nosotros por la *Comunión*, como que nos transforma espiritualmente en sí mismo; es decir, nos santifica con su contacto, se apodera de nuestra vida y la conforma á la suya, dándonos inclinaciones, tendencias y sentimientos análogos á los de su aman-

(1) Raulica, Confer. XX.—Innumerables son las comparaciones que hacen los Santos Padres de la Iglesia para dar á entender esta unión prodigiosa. San Hilario la llama la unión de la unidad, por la que de dos elementos se forma un solo cuerpo.—San Cirilo de Alejandría la compara á la unión que se efectúa entre dos partes de cera que se derriten y forman un todo por el calor. Y de igual manera se expresan los demás Santos Padres. Pero ha de entenderse que todos ellos se encaminan á mostrar que se recibe á Cristo, no en figura, sino verdadera y realmente.

tísimo corazón. Estas son cosas que no se ven con los ojos materiales, pero se sienten con el corazón.

De esta manera, cuando nosotros comulgamos, nos unimos, nos incorporamos realmente á Jesucristo, á su cuerpo, á su alma, á su divinidad; al modo que el alimento se une á nosotros por verdadero contacto, y Jesucristo, por su parte, nos comunica su propia vida, su espíritu santísimo, y nos hace participantes de su naturaleza divina. (Petr., I, 4.) Verdad sublime y consoladora que al grande Agustino le pareció oír de los labios augustos de Jesús, por estas palabras: *Agustín, manjar soy de fuertes: cree, y me recibirás. Y no me cambiarás á mí en ti, cual harías con una comida corporal, sino que tú te cambiarás en mí* (1). Dios—añade el Santo—*se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios; y para que el hombre comiese el Pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre* (2).

5. En virtud de esta doctrina tan sublime, no quisiéramos que nadie cayese en exageraciones, y por lo mismo añadimos con San Pablo: *Somos transformados á semejanza de Cristo* (3). Es decir, que no somos por la *Comunión* transformados en Cristo esencialmente, como si nuestra esencia se convirtiese en la esencia divina, ni su substancia en la nuestra, sino *accidentalmente* en cuanto Jesucristo nos comunica su luz, su espíritu, sus virtudes, su caridad, sus sentimientos de amor, los afectos tiernos y delicados de su Corazón deífico, por la incorporación que hace de nosotros á su carne, á su sangre, á su alma y á su divinidad (4). A esto se llama comu-

(1) *Nec tu mutaberis me in te, sicut eibus carnis tuae, sed tu mutaberis in me. Confes., lib. VII, cap. X.*

(2) *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo. (Serm. IX, De Natio. Dom.)*

(3) *In eandem imaginem transformamur. (II Cor., III, 18.)*

(4) *Nostra et ipsius conjunctio nec miscet personas, neque unit substantias, sed affectus consociat et confoederat voluntates. Hoc Sacramentum appellari Communionem, quia per illud cum Christo commercium habemus ad carnem ipsius et divinitatem percipimus, atque adeo nos inter nos communicamus, atque copulamur quoniam ex uno pane participamus, omnes unum Christi corpus et unus sanguis et alii aliorum membra effieimur, Christique concorporei existimus. Nam si omnino hoc affert istud sacramentum, ut Christo, et aliis uniamur, non est dubium, quin omnibus, qui nobiscum illud percipiunt, animo ac voluntate copulemur; ex voluntate quippe conjunctio haec existit, non autem citra animi nostri sententiam; omnes enim, ut Apostoli verbis utar, unum corpus sumus, quoniam ex uno pane participamus. (Damasceno, lib. IV, cap. XIV.)*

Quien desee ver este punto extensamente tratado, consulte á Suárez, *De Eucarist., disputat. LXIV, sect. III*, en especial los números 4 á 7 inclusive, donde dice: «In bono sensu potest haec unio corporalis dici, quia quodammodo fundatur in illa corporalis permitione, seu susceptione Sacramenti; maxime tamen spiritualis est, quia et

nicarnos Jesús su propia vida divina, su espíritu, su acción, sus energías sobrehumanas, y que en verdad podamos decir con el Apóstol: *Vivo yo, y no soy yo el que vivo: es Jesucristo quien vive en mí* (1).

6. Hecha esta salvedad, ya podemos discurrir ampliamente. La serpiente quiso engañar al hombre, prometiéndole que *sería como Dios: Eritis sicut Dei* (Genes., III 5); y con esto profetizó, sin quererlo, la futura elevación del hombre á la divinidad: «*Seréis como dioses si coméis esta fruta*»—dijo á nuestros primeros padres—y entonces Satanás, creyendo engañar, fué engañado. Verdaderamente ¡oh espíritu maligno! el hombre será Dios por participación, pero no comiendo la fruta vedada del paraíso terrestre, sino comiendo en la sagrada Mesa el manjar eucarístico. ¡Qué dicha la nuestra!

El hombre, por su parte, no anduvo más acertado: quiso convertirse en Dios, no pudo, y cometió un crimen. Pero Dios, en su misericordia, realizó aquel pensamiento, diciendo: «El hombre quiere ser Dios, y no puede, y hasta es un crimen que lo piense; mas yo voy á inventar un medio de satisfacer el deseo del hombre, y satisfacerlo sin que él sea culpable: me haré hombre, me daré á él en la Eucaristía, y, recibíendome en su corazón, *estará en mí y yo en él*, será una cosa conmigo, vivirá en mi vida, vivirá de Dios, y, en cuanto al hombre es posible, será Dios. ¡Oh buen Jesús, cuánto engrandesces y sublimas al hombre por la Comunión sagrada! ¡Y el hombre, sin embargo, se olvida á veces de comulgar y se muestra ingrato!

7. Bien quisiéramos poner ya fin á este punto; mas es tan deleitable y gustoso el considerarle, que no acertamos á pasar á otro sin oír antes el acento persuasivo de Santo Tomás de Aquino. Dice así: «Lo propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios y hacerle semejante á El. Porque si el fuego tiene el poder de convertir en fuego todas las cosas que á él se unen y de comunicarlas su fuerza y perfección, después de haber destruido en ellas todo cuanto podía ser contrario á su naturaleza, ¿cuánto más ha de consumir aquel fuego devorador de la Divinidad todo lo que halle impuro en nuestras almas, haciéndolas semejantes á El?» (*Offic. SS. Sacram.*)

Así, pues, el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, y de

praecipuum vinculum ejus est spirituale, et ipsa corporalis susceptio debet etiam spiritualiter fieri, id est, sancte et digne ut et unio fiat.

(1) *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Galat., II, 20.)

parecida manera, cuando nosotros comulgamos, Jesucristo está en nosotros y nosotros en El. Dios Padre se une á su Hijo por la generación eterna; Dios Hijo se une á cada uno de nosotros por la Comunión sagrada, y de esta suerte, hallándonos como identificados con Cristo, lo estamos también con el Padre celestial. Formamos como una sola cosa con el Hijo de Dios, y por consecuencia Dios, al amar infinitamente á su Hijo, nos ama también á nosotros en El; y en realidad el amor que el Señor nos tiene cuando hemos comulgado, es una extensión y una efusión del amor infinito y eterno que profesa á su Hijo Unigénito. Demás de esto, como todos los moradores del cielo aman ardientemente á Jesús, y nosotros estamos en El, síguese que la Virgen María nos ama, los ángeles nos aman, los bienaventurados nos aman, y el acto de comulgar dignamente es para nosotros un torrente de amor inefable, origen de todos los bienes temporales y eternos. ¡Qué beneficio! ¡Qué misericordia! ¡Qué amor!

Es verdad— dicen algunas almas enamoradas de Jesús sacramentado;—pero es una lástima que un acto tan dulce, tan eficaz, tan provechoso como es la recepción del Pan eucarístico, sea tan fugaz que sólo dure algunos momentos. Si la presencia adorable del Salvador dentro de nosotros desaparece tan luego como las especies sacramentales se inmutan, ¿qué nos queda de tanta felicidad, de tan estrecha unión y de tan ardiente amor? ¿No será gran desdicha perder casi instantáneamente al Amado de nuestra alma, que poseíamos como pertenencia nuestra y como vida de nuestra vida? ¿Hay mayor pena para un corazón amante que desprenderse, tras breves minutos, del objeto amado? ¿No será mejor morir que experimentar esta desgarradora separación?

Callen en sus quejas las almas devotas y oigan con atención lo que ahora diremos. Es verdad que transmutadas ó cambiadas las especies sacramentales, la carne y la humanidad de Jesucristo cesan de estar en nosotros; pero los efectos que ellas han producido perseveran en nuestra alma, á la manera que en nuestro cuerpo permanecen los efectos del alimento material, aun después de convertidos en substancia nuestra. El Verbo vivificante comunicó á su carne la propiedad de vivificar á su vez (1), y esta carne, una vez recibida por la sagrada Comunión, puede prolongar y prolonga de hecho sus divinas efusiones en todo nuestro ser, de tal

(1) *Quoniam vivificum Dei, Verbum habitabit in carne, transformavit ipsam in proprium bonum, nempe vitam, et penitus ipsi unitum inexplicabili unionis ratione vivificam eam reddidit, quale ipsum est natura sua.* (S. Cyrill., in Joann., lib. IV.)

suerte, que aun pasado mucho tiempo, la Eucaristía alimenta hace crecer, fortifica y regocija al alma fiel.

Decimos, pues, que tras el fugaz comercio de la carne de Cristo con nuestra alma la deja, como en arras de esposa, no sólo los efectos dichos, sino además su misma divinidad, con la cual continúa comunicándole su propia vida divina, su espíritu, sus gracias, según aquella promesa del Salvador dulcísimo: *El que me come, vivirá por mí.*

El glorioso San Buenaventura es de sentir que aun después de cesar en nosotros la augusta presencia de la carne y sangre de Jesucristo, permanece su alma santísima unida á la nuestra, comunicándole sus pensamientos, sus inclinaciones, sus querer y deseos, en conformidad con las necesidades y exigencias de nuestra vida sobrenatural (1).

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el efecto del manjar eucarístico permanece en nuestras almas, prescindiendo de que se hayan ó no inmutado las especies sacramentales, al modo que las flores, al pasar por una habitación, dejan en ella el delicioso perfume propio de su naturaleza odorífica. Aun cuando después de la Comunión no quedase en nosotros, otra cosa que el perfume y el calor de Cristo, sería sobranste motivo para poder exclamar regocijados: *Mi vida es Cristo.* (Mihi vivere Christus est.) (2).

Este es, en suma, el primer efecto de la Comunión sagrada, y de él surgen otros innumerables, como ahora diremos.

§ II

QUE LA BUENA COMUNIÓN COLMA AL HOMBRE DE GRANDEZA, PAZ Y FELICIDAD

S. La buena Comunión infunde en el hombre un principio de grandeza.—**9.** Consecuencias de esta grandeza.—**10.** Y un principio de paz.—**11.** Lenguaje de Jesús en la Eucaristía.—**12.** Y un principio de felicidad.—**13.** Ejemplos de los Santos.—**14.** La felicidad del cielo y la de la tierra.—**15.** Conclusión.

S. Sentada ya la base de la unión íntima del cuerpo y del alma de Jesucristo con el alma y el cuerpo del cristiano que co-

(1) Véase el P. Monsabré, Confer. LXXI.

(2) Ex eadem corporali sumptione et quasi permitione, ut Sancti loquuntur, relinquuntur, etiam post transactam realem Christi, praesentiam, moralis quaedam habitudo inter Christum et suscipientem, non ratione illius contactus, speciali titulo censetur hic esse quasi aliquid Christi, et Christum habere specialem curam non solum animae, sed etiam corporis ejus, ut illud santificet, suaeque gloriae participes faciat, quae habitudo non manet in eo, qui indigne communicavit, quia obicem posuit effectui Sacramenti. (Suárez, Disput. 64, sect. III, n. 6.)

mulga, vese con toda evidencia la dignidad sobrehumana con que el hombre queda enriquecido, y al contemplarse el alma tan unida á su Dios, descubre en sí misma un *principio de grandeza* que le hace sentir y reconocer en su interior cierta cosa más grande que el mundo entero, con todas sus riquezas, honores y placeres; un principio que la eleva mucho por cima de todo lo que es humano, y que la lleva á soportar sin turbación el menosprecio del mundo, á renunciar sin inquietud las honras y estimaciones de las gentes, á no cuidarse de los aplausos y alabanzas de los hombres, á aceptar sin abatimiento las pérdidas de intereses materiales y la delicadeza de la salud; á comprender, en suma, el verdadero sentido de aquellas hermosas palabras: *El que tiene á Jesús lo tiene todo. Jesús mío y todas las cosas. Dios sólo basta.*

9. Por consecuencia, al verse el hombre por el Sacramento eucarístico hecho un como tabernáculo sagrado, donde mora el mismo Dios, contéplase tan grande y sublime, que no osará jamás profanar su cuerpo santificado por el contacto de la carne adorable del Salvador, y tendrá por grande cosa vigilar día y noche para que su dicho cuerpo no sea nunca envilecido por la inmodestia, ni manchado por la molicie, ni degradado por la voluptuosidad. Se verá grande por lo que tiene de Dios, aunque pequeño por lo que tiene de sí propio, y una *profunda humildad* inundará su espíritu, comprendiendo que toda su grandeza le viene de Aquel que reside en su alma, de Jesús sacramentado, Salvador y Redentor del humano linaje. ¡Cuán grande, elevado y magnífico se ostenta el hombre cuando lleva en su pecho la humanidad sacrosanta de Cristo nuestro Señor! He aquí lo que deben considerar los cristianos después de recibir el Santísimo Sacramento.

10. Pero aún hay mucho más que decir, y mucho más que admirar en este sagrado misterio, porque la unión del hombre con Dios, mediante la digna recepción del Sacramento Eucarístico, infunde en el corazón humano un principio de *paz*, á ninguno otro comparable. La *paz* no es más que *la tranquilidad del orden*, y el orden se establece en nosotros por el mismo hecho de comulgar, ó sea por la augusta presencia de Jesucristo en nuestros corazones. El viene á nuestro pecho como *Dios*, como *Rey*, como *Maestro*, como *Pastor*, como *Juez*, como *Padre*, como *Salvador*, y bajo todos estos aspectos nos habla, nos amonesta y *nos ordena* (1). Oigamos su voz amorosa, que es sobremanera importante.

(1) Véase el autor de las *Pailletes d'Or*, «Medios de obtener la gracia.»